

Más Francis de las que puedo recordar

Francis Korn, in memoriam

Francis Korn (1935-2024) falleció hace dos meses, a mediados de marzo. La devastadora noticia me llegó tardíamente, por una mención al pasar que hizo Roberto Walton y que tuvo como consecuencia una noche de insomnio y esta página. Es irónico, si uno piensa que desde hace un cuarto de siglo hablábamos por teléfono todas las semanas, a veces diariamente. Pero era lógico que sucediera: las personas van envejeciendo y llega un momento en que ya no quedan amigos o conocidos comunes (además, no leo *esa* parte de los diarios). Korn fue una socióloga, antropóloga e historiadora de extrema lucidez, que denunció las chantadas, imposturas y pretensiones de algunos sectores de las ciencias sociales (nada para ganar una nube de seguidores). Fuimos amigos (todo lo que pueden serlo quienes pertenecen a diferentes generaciones y a universos vitales casi inconmensurables entre sí). Francis era, ante todo, su conversación: fran-

ca, muy aguda, directa, siempre inteligente: ‘¿Qué hacés, viejito, como anda Nati? ¿Ignacio sigue bien? ¿Leíste lo del Conicet?’ (Nati, claro, es mi esposa; Ignacio nuestro hijo mayor). Y ahí empezaba el teléfono infinito. Uno de sus libros se titula *Buenos Aires: mundos particulares 1870-1895, 1914-1945* (Sudamericana, Buenos Aires, 2022) y, por cierto, el suyo era un mundo muy particular. El intento de encajar entre sí las muchas dimensiones de su vida (de la que no me voy a ocupar) hubiera arrojado un resultado surrealista; la magia de la persona Francis era que esas parcialidades incongruentes resultaran en un todo armónico y feliz. Korn fue ayudante de cátedra de Gino Germani, hizo el doctorado con el etnógrafo Rodney Needham en Oxford y, en Buenos Aires, dictó durante muchísimos años metodología de la investigación en ciencias sociales, en todo tipo de universidad y posgrado —era raro encontrar alguien de sociales que no hubiera sido alumno de ella—. Se hizo conocida en Buenos Aires

¿DE QUÉ SE TRATA?

Homenaje a la socióloga e historiadora Francis Korn (1935-2024) a través de un ensayo sobre sus posturas respecto de la metodología de investigación en ciencias sociales.

con *Los huéspedes del veinte* (Sudamericana, 1974), un libro sobre la inmigración y la ciudad, que serían dos de los temas de toda su vida. (Korn escribió muchos otros libros, algunos de los cuales mencionamos más adelante.) Casi un ícono del modernismo de los años 60, su convicción de racionalista ilustrada era tan natural y persuasiva que mostraba la mejor parte de esa manera de estar en el mundo. Como la mayoría de los discípulos de Karl Popper y su falsacionismo (lo había conocido en la London School of Economics), tenía un flanco algo dogmático. Metodóloga que no creía en el ‘método’ y se enloquecía cuando alguien le hablaba de enfoque cualitativo y cuantitativo (el ‘cuali-cuanti’), se hacía de manera ineludible las grandes preguntas, esas que nadie quiere responder (y nadie quiere preguntar, no sea cosa de encontrar que el rey está desnudo). La honestidad intelectual de Francis todavía me sale al encuentro, como una atmósfera pura entre tanta efusión mefítica. Escribía literatura (cuentos) y circuló por el ambiente de las letras, del que le gustaba relatar anécdotas. Hija del creador de la revista *Radiolandia*, Francis era divertidamente ‘cholula’ y aficionada al juego que los estadounidenses llaman *dropping names*. Pero atrás y delante de todo estaba la inteligencia. Compartí muchas cosas con ella: la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, la época en que estuvo a cargo del doctorado de sociología en la UCA y me llamó a dar clases allí, el comité editorial de Eudeba a cargo de Patricio Garrahan. Korn fue miembro del consejo científico de *CIENCIA HOY*, en los años en que yo estaba en el comité editorial, y aquí publicó: ‘Encuestas electorales: ¿pronósticos científicos o pasatiempos mundanos?’ (*CIENCIA HOY*, 12, 71, 2002: 61) y ‘En defensa de los porcentajes’ (*CIENCIA HOY*, 17, 97, 2007: 30-31). Francis me hizo una de las cartas de referencia cuando me presenté a la Guggenheim (ella la había sacado) y, cuando la beca salió, quería que usara parte del estipendio en organizar una gran cena (no la hice y no me arrepiento). También, y esto es serio, fue la que inició un movimiento para conseguir firmas de investigadores superiores para una carta que elevó cuando creyó que se me estaba haciendo una gran injusticia institucional. He visto cómo siempre fue muy generosa con los becarios e investigadores jóvenes y entiendo que en un par de oportunidades pagó becas de su bolsillo para ayudar a gente que había perdido concursos por motivos espurios. Un mundo sin Francis es un mundo intelectualmente empobrecido y, por cierto, mucho más aburrido y menos noble. Aprendí muchísimo con ella de ciencias sociales, y más todavía de humanidad y decencia (rasgos que su carácter algo áspero con los burros pomposos de la vida no dejaba ver a primera vista). Hace un par de años me llamó, como siempre, para decirme que había encontrado la fotocopia de un comentario a una ponencia suya que yo había escrito.



Figura 1. Francis Korn (1935-2024), foto en la contratapa de su libro de cuentos *Más Amalias de las que se puede tolerar* (Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1989).

Estaba encantadísima con eso y es por ese motivo que lo reproduzco, muy ligeramente retocado, como un sentido (y doloroso) homenaje. Todavía sigo esperando el llamado telefónico de Francis, esperando hablar de las ciencias, las encuestas, las citas de Samuel Johnson, el *Urn Burial* de Thomas Browne, de su familia y de la mía, de sus viajes anuales a las carreras de Ascott, de sus chismes de celebridades literarias locales, de la distancia que había de mi casa a la suya y que me arrepiento no haber hecho el esfuerzo de atravesar más a menudo (‘Miguel, ¿por qué no te mudás de una vez, así nos vemos?’). La última vez que me llamó fue para pedirme el teléfono de mi dentista. Desde la pandemia que no andaba del todo bien, que nubes oscuras atravesaban el límpido cielo de su mente. Siempre bromeaba sobre la fragilidad de su constitución. En realidad, imaginar que pudiera pasarle algo me resultaba intolerable. Es así que todavía escucho su voz, la recuerdo con ese timbre inconfundible (y la seguiré recordando, siempre). Pienso que en cualquier momento la llamo yo, porque hace mucho que no me llama, y hablamos, Francis, sí, seguimos hablando, perdóname, disculpame que ando con tantas cosas, pero sí, te llamo y hablamos. Si solo pudiera.